

der, el mismo que formó parte de una estatua de Hércules, esculpida por Apolonio. Dícese, y con insistencia se asegura, que Miguel Angel y Rafael hicieron los elogios más completos de esta obra, encontrando en ella el estudio más bien acabado de la escuela griega.

En el vestíbulo redondo se ven muchas antigüedades y perfectamente conservadas, como una taza de mármol y las estatuas que representan á Cupido y Psichis. En la sala del Milagro se ve en el centro una magnífica estatua de él, encontrada fuera de la puerta Portese, sólo que adolece del defecto de faltarle la mano izquierda. En vista de este gran adefeocío y del riquísimo mérito que tiene, el reputado artista Miguel Angel fué solemnemente invitado para completarle, y con bastante modestia rehusó el hacerlo, alegando que no se encontraba ó reputaba digno.

Descendimos por una escalera y nos encontramos con otro museo tan rico y abundante como el anterior; se llama el Museo Chiaramonti.



CAPITULO DECIMO CUARTO.

Museo Chiaramonti.—El Nuevo Brazo.—Galería Lapidaria.—Invitación á la función religiosa en el Colegio Pío Latino Americano.—Jardines del Vaticano.—Iglesia de San Luis, de los franceses.—Iglesia de San Eustaquio.

ESTE magnífico museo fué fundado por el Pontífice Pío VII á fin de reunir en este lugar todos los mármoles antiguos que poseía el Vaticano y que no tenían un lugar determinado. Su división es de dos departamentos, llamándose el uno *Corredor Chiaramonti y Nuevo Brazo* el otro. En ambos se admiran valiosas pinturas ejecutadas por distintos artistas, y siendo las más de ellas por Canova.

Apolo encontrado en el Coliseo, Trajano, Augusto, Dionisio, una hija de Niobe, Mercurio, Pallade, Hércules, Cupido montado sobre un delfin, Venus, un bajo relieve que representa las tres gracias, Adrián, Augusto, Demóstenes, Alcibiades, Cupido que extiende el arco, Sileno, Iside, Baco y Fauno, Hércules, el Genio de la Muerte, Cicerón, Ulises, Polifemo y Hércules, son las más notables que en este extenso salón se pueden admirar, restando aún un número inmenso que no es posible describir. Mas no terminaremos sin fijarnos en el que representan varios niños, á la verdad encantadores. El uno con su túnica extendida está reuniendo algunos racimos de uva y luego los conduce á la boca, lo que gran satisfacción y gusto le causa; otro que ya tiene algunos reunidos, atemorizado hacia todas partes mira como si alguien quisiera arrancárselos; otro más tranquilo y con mucha naturalidad se le ve que está durmiendo, y el último, muy gracioso por cierto, está jugando con un león á quien con gran gusto acaricia, mientras á sus pies un lagarto deforme se acerca. Bello y arrobador es todo el conjunto y satisface ente-

ramente al admirador, por más que profano sea en la materia. Por último, un simpático y atrevido niño, representando á Baco montado sobre un centauro, y con una manita tan pequeña tiene asido de la melena al arrogante animal, y con la otra amenaza azotarle. No es posible describir la naturalidad y belleza de esta soberbia y magnífica obra.

Unos momentos más y hemos terminado; réstanos tan sólo hacer una visita al salón llamado el *Nuevo Brazo*. Es una sala que mide setenta metros, poco más ó menos, de largo y unos ocho de ancho. La entrada está defendida por una puerta de hierro que ostenta las armas pontificias de Pío VII, esculpidas en bronce dorado, y una inscripción en honor suyo. Al entrar se encuentran luego á los lados las estatuas que representan á Trajano y Augusto. Las columnas sobre las que descansa la bóveda se cuentan en número de doce, teniendo el mérito dos de ellas de parecer más antiguas, y fueron encontradas en la tumba de Cecilio Metelo, y su color es de amarillo *vecchio*; otras dos decoraban antes la Iglesia de Santa Sabina y fueron construidas de

granito negro egipcio y las restantes fueron formadas con varios fragmentos de antiguas columnas. Por lo dicho podrá descubrirse y estimarse su mérito. Las paredes están adornadas con bajos relieves muy hermosos en estuco, imitando las de las columnas de los emperadores Trajano y Antonino, representando diversas cosas, como sacrificios, triunfos y bacanales.

En una palabra, todo es magnífico en este lugar; aun su mismo piso está construido con más de ciento treinta mármoles de distintas clases y procedencias. Las estatuas que la adornan son en gran número, pudiendo enumerarse entre otras la de César Augusto que fué descubierta en el año de 1863 en la Vía Flaminia; la de Esculapio; la de Demóstenes; la de un famoso atleta, trabajo de Sissipo; las Amazonas que algunos con fundamento atribuyen á Policleto; la de Marco Antonio; un respetable busto, de gusto muy delicado, del Pontífice Pío VII, por Canova; un grupo colosal que representa al Nilo; la de Minerva, diosa de los gentiles, hecha en mármol; la de Fauno, copia de un esmerado trabajo de Praxíteles y la de Discobolo.

Hagamos especial mención de la que representa á la sacerdotisa de Iris, que en sus manos porta el vaso de agua lustral y la de Sileno, teniendo en sus hercúleos brazos á Baco; el Fauno descansando, y otros innumerables. La imaginación se cansa de seguir minuciosamente relatando la historia de tantas maravillas. Tiempo bastante se necesita para este trabajo y como de él no podemos disponer, pues es ya hora de retirarnos, y no podemos volver, con lo dicho nos contentamos y al lector pido perdón de no ser más extenso.

Réstame tan sólo decir algunas palabras de lo que me faltaba, es decir, de la *Galería Lapidaria*, donde se guardan y conservan con sumo interés multitud de inscripciones antiguas, fragmentos de importantes y valiosas estatuas, ordenadas por Gaetano Marini.

Volviendo la vista por todas partes y retrocediendo luego, con gran pena vemos que hay necesidad de retirarnos y sin haber estudiado cual era nuestro deseo, tanto como hay que escudriñar y ver en tanta antigüedad, cuánto los sumos Pontífices con

sumo empeño y trabajo impropio, encerraron en estos inmensos salones.

Dimos las gracias debidas y su correspondiente galita á los que con tanta amabilidad nos habían franqueado la entrada á todos aquellos lugares y estrechándonos las manos nos despedimos. Todos en grupo y dándonos cuenta de tan inesperadas impresiones, nos despedimos por unos momentos, pues, á la verdad, siempre hubiéramos deseado vivir juntos y nunca separarnos, pero era necesario y nos retiramos á comer.

Llegando á nuestro alojamiento, nos encontramos con las invitaciones que el fino señor doctor, encargado de arreglar todo lo conveniente, nos había dirigido.

He aquí el texto de la invitación.

“Los Rmos. Señores Obispos de Puebla, Chilapa y Tamaulipas, y los demás peregrinos mexicanos, tienen la honra de invitar á Ud. á la función religiosa que, en acción de gracias por el feliz éxito de la peregrinación, y por la salud y prosperidad de nuestro Santísimo Padre, dedican á la Santísima Virgen de Guadalupe y que celebra-

rán el día 12 del presente mes, á las nueve de la mañana en la capilla del Colegio Pío Latino Americano, vía Gioachino Belli, número 3.—Roma, Marzo de 1898.—Sr. . . .”

¡Oh! impresiones y más impresiones; nuevas y más nuevas recibíamos todos los días. Réstanos sólo exclamar al recordar con tanta satisfacción aquellos días venturosos, ¡Bendito y alabado sea para siempre ese Dios tan bueno que nos concedió tanto don, y nunca cesaremos de glorificar su nombre!

Se me estaba pasando decir, ó hacer constar, que saliendo de los salones del Museo, los señores Obispos Amézquita y Fierro que nos acompañaban en unión de Monseñor Habra, se dirigieron al portero de los hermosos jardines y sin saber lo que dijeron, como por encanto se fueron abriendo las puertas y todos fuimos pasando, advirtiéndole que á nadie se permite esta merced. Aunque con gusto nos olvidábamos aun de tomar alimento. Admirados quedamos al ver á ojo de pájaro aquella inmensa y extraña área que los forman, tomando luego por la calzada principal, pues hay varias calles por donde aun en carruaje se puede andar,

y como según dicen acostumbra hacerlo el respetable prisionero del Vaticano.

Muy bien formadas son en verdad, con gusto y maestría está todo bien arreglado, no envidiándoles á los mejores jardines que puedan encontrarse en el mundo entero.

Al entrar, se encuentra uno un jardín donde con las mismas plantas, y unos arbustos muy copudos se forma el nombre de nuestro inmortal Pontífice, pues perfectamente se lee: *Leo XIII Pontifex Maximus*. Después siguiendo adelante, en un terreno un poco empinado pero en buenas condiciones, se halla la avenida principal, formándose las paredes con arbolitos muy bien recortados y cuidados con esmero. Árboles corpulentos, diversidad de plantas y flores, el trino alegre de pajarillos que allí han fijado su morada, alegran aquella mansión del silencio y del recogimiento. ¡ Oh! quién pudiera siempre aquí estar, y nunca separarse. Seguimos adelante y nos encontramos con unas piezas donde el Santo Padre tal vez alguna ocasión haya ido á desahogar un poco sus penas y llorar amargamente por tanta iniquidad como se comete, siendo el intercesor para que la cólera divina se apla-

que. Sólo Dios y El saben lo que sufre y lo que su angustiado corazón siente.

Una hora, poco más ó menos, permanecemos en este lugar embalsamado, no tanto por el aroma de las flores que contiene, como por el suave perfume de las oraciones que el santo venerable Pontífice eleva al Ser Eterno, cuando allí en encuentra solitario.

Nos retiramos, por fin, y hasta las tres de la tarde quedamos citados para que con el favor divino, diésemos una mirada á la *Iglesia de San Luis de los Franceses* en lo que emplearíamos la tarde, víspera del feliz día en que podíamos contemplar de cerca á nuestro venerable Pontífice. *Arrivedere signori*.

Una frugal comida pudimos hacer, pues nuestra ocupación principal era recordar las maravillas que habíamos visto, y las dulces emociones que nos ocasionaran. Así es que tomamos nuestros condimentados frijolititos acompañados de alguna otra cosa; saboreamos el vino y los *ouva giornata*; descansando después un poco y preguntando siempre por la injusta guerra que amenazaba á la España, y la que inquietos nos tenía, y á fe que para ello había justa razón; ya

por el vínculo tan estrecho que nos une á los españoles, ya por la injusticia que es bien manifiesta, y por último, por los trastornos que se nos podían seguir á consecuencia de haber arreglado tener que regresar á nuestra madre patria por los vapores españoles, y podría suceder como así aconteció, que por este trastorno no pudiéramos verificarlo.

En fin, sin saber nada definitivo, nos dirigimos á ver al señor Doctor para que nos acompañara á la Iglesia de *San Luis de los Franceses*, lugar que nos habíamos propuesto visitar esa tarde. Poco fué el tiempo que pasamos con nuestro fino paisano, y luego tomamos varios carruajes, ordenando se dirigieran á ese lugar. Atravesamos el famoso río Tíber y á poco nos encontramos en este magnífico templo.

Se encuentra dividido en tres naves, por medio de esbeltas columnas de orden jónico. En la primera capilla se encuentra un magnífico y bello cuadro que representa á San Juan Bautista, y que fué ejecutado por Juan Bautista Maldini. Saliendo de este lugar se encuentra el monumento erigido en 1852 por la hoy República Francesa,

en memoria de sus arrojados y valerosos hijos, muertos en 1849 en defensa de Roma.

Los frescos que se ven en la segunda capilla, representan diversos pasajes históricos de la vida de Santa Cecilia, obra de Dominichino. El cuadro que se ostenta sobre el altar que manifiesta á la misma Santa, y algunos otros más, es una copia bien sacada por Guido, del original del célebre y tantas veces nombrado Rafael, que existe en Bolonia. El pintor Parrocel ejecutó el cuadro de la beata Juana de Valois. En la cuarta capilla vimos un bellissimo cuadro que representa á San Dionisio y fué hecho por Santiago del Conte. Las batallas que se encuentran representadas en la vuelta de esta capilla, fueron pintadas por Pelegrino y Bologne.

El del altar mayor, que representa la Asunción de la Santísima Virgen á los cielos, obra de bastante gusto y muy bien ejecutada, se debe al pincel de Bassano. A la derecha del altar mayor está una capilla dedicada ó llamada de San Mateo, y ahí se encuentran tres hermosos cuadros hechos por Caravagio. En la siguiente capilla se admiran los frescos que representan la

Adoración de los Reyes Magos y la Presentación del Divino Niño al Templo, pintados por el famoso pincel de Baglioni y las pinturas de la vuelta son de Carlos Lorrain. Sigue luego la capilla más rica, más hermosa y más bien decorada, la del gran San Luis Rey de Francia, á quien esta suntuosa *chiesa* está dedicada, y la que fué construída según los diseños de Plantila Bricci, el mismo que con suma maestría pintó el cuadro que se ve sobre el altar y que representa al santo titular.

En la cuarta capilla se encuentra un cuadro de Muziano, figurando á San Nicolás. Las pinturas laterales son de Massei y las de la espalda, de Novara. Los bien ejecutados frescos que se ostentan sobre las paredes laterales son obra de Baldassare Croci. En la última capilla se observa una hermosa pintura que representa al mártir San Sebastián, hecha por Massei; y también se encuentra un monumento sepulcral donde depositados están los mortales restos del Cardenal de Bernio, embajador de Francia en esta ciudad de los monumentos y de los papas, ejecutado por Labourer, y el del lado opuesto fué erigido á la memoria de

Madame Montmorin, parienta de Chateaubriand, quien hizo la misma inscripción que hoy se lee. Mirando de frente la dicha capilla, llama la atención un soberbio monumento y de muy buen gusto artístico, levantado por la gran nación francesa á la memoria del renombrado pintor Claudio Lorrain, cuyas cenizas reposan en la Iglesia de la Trinidad del Monte.

Trasladémonos luego á la *chiesa* llamada de *San Eustaquio*, mártir de los primeros siglos, esposo de Teopista, padre de Agapito y Teopisto; insigne, no tanto por los bienes de fortuna, los cuales plugo al cielo concederle, sino también por el grado insigne á que en la carrera militar se hizo acreedor entre los romanos, así como también por el gran valor con que se sujetara á los tormentos por defender la Religión Purísima que trajera al mundo el Unigénito del Padre, el Verbo encarnado. Recibió la palma del martirio, pues fué entregado por orden del emperador Trajano, así como su esposa y sus dos hijos, á la ferocidad de los leones.

En una primorosa urna que se encuentra sobre el altar mayor, fabricada toda de visto-

so bronce, están encerrados los mortales despojos, las preciosas reliquias de este santo.

Muy buenos y ricos cuadros adornan la iglesia, encontrándose uno en la tribuna y que fué pintado por el famoso Francisco Fernando. Los del crucero, que representan á San Jerónimo y la Visitación de la Santa Virgen á su prima Santa Isabel, fueron hechos por el pintor Zoboli. Los dos que existen en la capilla de la Santísima Virgen, cuyo altar se encuentra adornado con dos columnas de verde antiguo y que representan la huída á Egipto y su permanencia ahí, fueron ejecutados por Conca.

La tumba que se encuentra á la izquierda del pórtico de esta iglesia, es del inspirado poeta Juan Girard y la de la derecha de Francisco Cecilia, ilustre literato.

Con esto nos contentamos ese día, (nueve de Marzo) porque aunque era temprano, determinamos retirarnos á cumplir con nuestro rezo, así como para asearnos convenientemente, pues la audiencia del Santo Padre estaba señalada para el día siguiente. De suerte es que nos retiramos para reunirnos el día siguiente en los espaciosos salones del Vaticano.

Muy temprano el día diez nos encontramos listos para marchar, pues con delirio deseábamos ver á Nuestro Santísimo Padre. Tomamos el desayuno y nos dirigimos, como debía ser, deseosos de ocupar nuestros asientos, y por cierto los más cercanos, al lugar donde debía colocarse. Era de verse el empeño y regocijo con que todos llevábamos nuestros rosarios, Santos Cristos, medallas y demás objetos piadosos para que se les concedieran las indulgencias, las que necesario es sepamos todos para poderlas lucrar; por lo mismo literalmente las copiaré de un cuadernito que en la imprenta de Propaganda Fide en Roma pude adquirir y el cual está publicado con la licencia respectiva de la Sagrada Congregación de Indulgencias y ahora con el permiso de mi Ilmo. Metropolitano reproduzco fielmente.

INDULGENCIAS que S. S. el Papa León XIII concede á los fieles que teniendo consigo alguno de los rosarios, coronas, cruces, crucifijos, pequeñas estatuas ó medallas bendecidas por Su Santidad, cumplan con las obras prescritas.

OBSERVACIONES.

“A fin de poder ganar las indulgencias que Su Santidad el Papa León XIII concede á todos los fieles de uno y otro sexo que tienen en su poder rosarios, coronas, cruces, crucifijos, estatuas pequeñas ó medallas bendecidas por Su Santidad, es necesario:

“1^o. Que los fieles lleven consigo alguno de dichos objetos de piedad.

“2^o. Que si no lo llevan, deben colocarlo en la propia habitación ó en lugar decente de la casa que habitan, y rezar devotamente ante dichos objetos las respectivas oraciones.

“3^o. Que las imágenes no sean grabadas ó pintadas; ni las cruces, crucifijos, estatuas y medallas sean de estaño, plomo, ó de otra materia frágil y fácil de gastarse.

“4^o. Que las imágenes sean de santos ya canonizados en la forma acostumbrada, ó que se hallen inscritos en martirologios debidamente aprobados.

“Previas estas advertencias, se indican las indulgencias que el Sumo Pontífice concede á los que tengan alguno de los objetos mencionados, practicando las obras impuestas.

“Cualquiera que rece, á lo menos una vez á la semana, la Corona del Señor, ó algunas de las de la Sma. Virgen, ó el Rosario, ó la tercera parte de él, ó el Oficio Divino, ó el parvo de la Virgen, ó el de difuntos, ó bien los siete Salmos penitenciales, ó graduales, ó también si tiene por costumbre enseñar la Doctrina Cristiana, ó visitar á los encarcelados, ó á los enfermos en los hospitales, ó socorrer á los pobres, ó asistir á la Misa, ó decir la siendo sacerdote; si verdaderamente arrepentido y confesado comulga en cualquiera de los días siguientes: Natividad del Señor, Epifanía, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Santísima Trinidad, Corpus Christi, Purificación, Anunciación, Asunción, Natividad y Concepción de María Santísima, Natividad